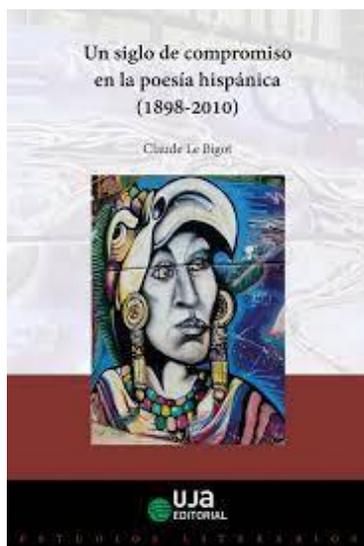


Claude LE BIGOT, *Un siglo de compromiso en la poesía hispánica (1898-2010)*. Serie «*El niño de la noche*». Miguel Hernández y su tiempo, Jaén, Editorial Universidad de Jaén, UJA, 2020, 540 pp. ISBN: 978-84-9159-350-8.



*Así venían cal y mayo juntos,
la fiesta transitoria de mujeres en tránsito.
[...] encalando la sucia memoria de los años.¹*

Al publicar *Un siglo de compromiso en la poesía hispánica (1898-2010)*, el hispanista Claude Le Bigot, catedrático emérito por la Universidad de Rennes, se propuso poner broche final (a sabiendas no obstante de que es este un tema inagotable) a una serie de estudios y libros suyos anteriores. A sabiendas igualmente de que el campo poético hispano ofrece un terreno fértil para tales reflexiones, no exentas de polémicas no solo entre los poetas sino también entre los críticos (también poetas muy a menudo) como bien se sabe. El libro *Un siglo de compromiso en la poesía hispánica* se presenta como un libro grueso de casi unas quinientas cincuenta páginas, por cubrir el siglo XX, incluso más como lo indican las fechas.

Formalmente, se organiza a partir de la siguiente estructura externa: los umbrales como diría Genette, son los de una introducción amplia (9-34) que prolonga una conclusión nutrida también (538-549). El meollo lo forman seis capítulos de extensión variada. Al final, Le Bigot indica escrupulosamente el origen de algunos de los textos reelaborados. Optó por dejar de lado la convencional bibliografía general y dotar cada apartado y subcapítulos de su propia bibliografía. Tal elección presenta una ventaja bienvenida: proponerle inmediatamente al lector referencias específicas relativamente al tema tratado.

Responde pues este estudio a la voluntad de retomar el tema del compromiso en el campo poético, profundizando la reflexión sobre un plazo largo (1898-2010) para destacar la continuidad de dicho tema y la coherencia de los planteamientos, relacionándolos siempre con la historia española, americana, incluso mundial. Por otra parte, el autor orienta su análisis hacia lo propio del género lírico y lo específico de la palabra poética, cuestionando la frontera (a veces frágil y porosa) entre militancia y creación, propaganda y arte.

¹ PÉREZ MONTALBÁN, Isabel, «La cal llega por mayo», en *Un cadáver lleno de mundo*, Madrid, Hiperión, 2010, pp. 21-22.

El autor abre su libro desarrollando en la introducción un propósito entre histórico y teórico. Parte de una doble postulación. Primero, la de la permanencia a lo largo del siglo XX del compromiso como criterio para valorar una obra literaria. De ahí que importe pensar su evolución y sus bifurcaciones formales, los paradigmas y las estrategias correspondientes. Segundo, el que «España resulta ser un destacado campo de observación» (11). El Profesor Le Bigot ha fijado un marco cronológico original, el de un largo siglo XX ya que empieza con la fecha tan simbólica del desastre de la guerra de Cuba. Se justifica por la voluntad de integrar la primitiva expresión poética-militante: tanto la incipiente poesía anarquista que surgió bajo la Restauración y la poesía de afinidades socialistas que denunciaba el conflicto como la poesía de cuño patriota. En cuanto a la fecha límite de 2010, responde a la preocupación de señalar las orientaciones teóricas y las prácticas poéticas del siglo XXI, proponiendo así una panorámica coherente.

Consta dicha introducción de dos momentos. Se esboza el contexto histórico-cultural de la poesía hispánica en un primer apartado titulado «Del compromiso de la literatura al compromiso literario» (11-18), anunciando así las inflexiones que marcaron las etapas del compromiso. Se recuerdan los textos teóricos que sustentaron las escrituras, y se procede a su análisis. Se le delimita al lector el marco epistemológico del estudio que estriba sobre trabajos teóricos españoles y franceses. Los recuerda Claude Le Bigot partiendo del ensayo sartriano *Qu'est-ce que la littérature* (1948), observando que en España pese a que «la investigación española tuvo que recuperar un atraso debido al franquismo» (12), no faltaron estudios significativos. Sin embargo, tales estudios se orientaban más hacia el terreno de la historia literaria que hacia el del compromiso en sí, es decir en tanto que concepto y práctica poética. Respecto a ello, menciona Le Bigot un ensayo de Benoît Denis que desbroza este terreno. Así se distinguen dos enfoques y concepciones, dos poeticidades: la primera representada por la corriente de los 50 y más recientemente por la escuela granadina de *La otra sentimentalidad*, siendo la segunda la que encarnó César Vallejo, teorizada por Barthes y luego Jacques Rancière. Esta se interroga más allá del compromiso sobre la poeticidad y su alcance. Sin citarlo explícitamente, Le Bigot retoma la pregunta hölderliniana a la que ya dedicó estudios y congresos, y se interroga sobre la función social del poeta. Para analizarla se apoya en B. Denis, el cual postula que «el advenimiento de la literatura comprometida se debe a la convergencia de tres factores» (14): autonomía de la literatura, aparición del «intelectual», revolución de octubre de 1917. Como buen conocedor de la historia española, Le Bigot recuerda al respecto lo que fueron las condiciones de posibilidades de creación en el contexto político y cultural del país.

El segundo apartado, «Algunas definiciones» (18-33), interroga las formas, los momentos, los contenidos de la noción de compromiso. Versa primero sobre la noción de «poesía política», sobre las prácticas poéticas de los vanguardistas, sobre el rechazo de la retoricidad cuando la guerra civil y el advenimiento de una palabra poética nueva gracias a la revolución. Muestra luego el estudioso cómo la época más reciente reevaluó los paradigmas heredados de la poesía social, a partir de los *Novísimos*, de *Otra sentimentalidad* hasta los/las poetas alternativos actuales, situados en una zona de disenso. Aquello lleva a plantear la controvertida cuestión del canon (29 sq). Termina Claude Le Bigot su

reflexión recordando que la eficacia de la palabra poética residirá en «su capacidad de resistencia ante los discursos que intentan imponernos una representación falsificadora de la condición humana» (32).

Los siguientes capítulos abordan figuras y prácticas sin dejar de lado tanto lo teórico como lo histórico, y proponiéndole al lector un abanico diversificado de varios extractos poéticos ; de modo que es posible sentir la sensibilidad y las opciones estéticas y/o éticas del momento dado.

El capítulo I (35-153) «Compromiso y militancia» se construye con tres apartados que plantean la cuestión de los límites de la poesía en tanto que palabra instrumentada, mera reproducción de «lo consabido» según escribiera Valente (1980: 205-206)², discurso didáctico por oposición con la poesía como palabra abierta, creadora y descubridora. «La poesía popular ante la guerra de Cuba» constituye sin lugar a dudas un subcapítulo que aporta mucho por analizar poemas relativamente poco conocidos ya que se publicaron en la prensa y por mencionar esas fuentes múltiples, ora de cariz revolucionario (anarquista, socialista) y ora de cariz conservador y patriota. El *corpus* reunido da cuenta de las divisiones y tensiones políticas, muestra los límites de la protesta proletaria al ignorar esta la dimensión colonialista de la guerra como lo recalca atinadamente Le Bigot. Igualmente «El fervor revolucionario de los 30» merece atención a pesar de ser un periodo mucho mejor conocido con sus fases de conflictos político-sociales y radicalizaciones ideológicas. Por cierto aparecen poetas emblemáticos como Rafael Alberti al que se le dedica un estudio esclarecedor que versa sobre el poemario *Consignas* publicado por la revista *Octubre* (nombres que ya anuncian la marcada dimensión propangadística), pero también surgen poetas proletarios o figuras rescatadas, así Pla y Beltrán (evoca Le Bigot los trabajos de Manuel Aznar) o figuras completamente olvidadas como Paulino Villar. Interesantes asimismo son las páginas consagradas al *Romancero de la guerra civil* poque levantan cuestiones como la de la instrumentación de la lírica por una causa (por muy justa que sea) y acarrear preguntas acerca de la relación de los romances con el acontecimiento mismo, planteando la interrogación de un posible agotamiento del género épico, incluso del mismo romancero según Salaün (89). Dentro de este marco, Le Bigot optó por analizar detenidamente la noción de «héroe popular», su constitución como arquetipo dotado de «diafanidad», sus funciones (elogio y persuasión). Muy lógicamente, conducen aquellas consideraciones a considerar categorías como la voz. De ahí, «¿ Voz o escritura revolucionaria? Hacia una política del ritmo.» el último apartado de este primer capítulo. Se propone sacar conclusiones de lo anterior, discernir si a partir del conocido contexto histórico de ruptura y radicalización extremas se produjeron semejantes fenómenos en las formas poéticas, si se elaboró un ritmo propio, una prosodia revolucionaria. El estudioso lleva a cabo un análisis textual metódico abarcando a poetas españoles o no (Alberti, Maiakovski, Aragon) para intentar responder. También echa mano de la teoría de Henry Meschonnic a quien se le debe la noción de «política del ritmo» que postula la subjetivación del lenguaje poético, un lenguaje sujeto. La conclusión de Le Bigot no puede sino matizar con muchos reparos, «incapacidad / renunció»(150), la producción militante de la época.

² VALENTE, José Ángel, «El visitante», en *La memoria y los signos* (VI), *Punto cero (Poesía 1953-1979)*, Barcelona, Seix Barral, col. «Biblioteca breve», 1980, pp. 205-206.

Por contraste surge la figura de «Miguel Hernández: ‘poeta del pueblo’» en el capítulo II (153-192). A lo largo de unas cuarenta páginas Claude Le Bigot reevalúa la obra y la imagen mitificada del poeta-campesino. Postula la temprana evolución ideológica y estética del hombre y del poeta, o sea la «progresiva historicización del sujeto» (158) y la elaboración de una «poesía de combate» en plena guerra. Ahora con razón muestra Le Bigot cómo supo anudar Miguel Hernández lirismo y conciencia histórica en los grandes poemarios que son *Vientos del pueblo* y el *Cancionero y romancero de ausencias*. En ellos, y particularmente en el último libro escrito en la cárcel, convierte el poeta su voz y su experiencia personal, hasta la más íntima, en una tragedia colectiva y universal a la vez. Un estudio del romance «Sentado sobre los muertos» concluye este capítulo.

El tercero (193-291) titulado «El compromiso por el prisma de la periferia» se centra la periferia encarnada por el exilio republicano: Juan Rejano escribe desde América «tendiendo puentes entre México y España, la España resistente [...]», Luis Cernuda también vivió y murió allí. Su presencia en un libro dedicado al compromiso quizás pueda sorprender a más de uno, no obstante la fidelidad de Cernuda a sus concepciones éticas apaga tales dudas, no necesitó ser de un partido para comprometerse con modalidades propias, alejadas de cualquier instrumentación o propagandismo. La periferia designa igualmente los confines de la península, de modo que Claude Le Bigot convoca a dos poetas gallegos. Como sabemos Galicia tiene una gran tradición lírica ya que allí nacieron las primeras expresiones poéticas. De Xosé Luis Méndez Ferrín, se nos propone un estudio del poema «Reclamo a libertade pró meu pobo» sacado de *Con pólvora y magnolia* (1976), poema de cuño abiertamente nacionalista cuyo interés reside en la articulación de lo formal y lo lingüístico, en «un cara a cara con el lenguaje»(237). ¿Cómo conciliar acción y palabra? Fue el reto con que se enfrentó Méndez Ferrín. El otro poeta, Celso Ferreiro, se sitúa en una práctica semejante y una postura ideológica galleguista parecida como se deduce del estudio de su poemario *O sono sulagado* (1955). La fecha es relevante porque dice las tensiones fuertes en contra de un poemario escrito en lengua vernácula y muy crítico con el entorno político, pero como hace observar Claude Le Bigot la fuerte presencia de la tradición poética en Galicia y el sitio que ocupa la literatura pudieron con esas tensiones. El libro de Celso Ferreiro desempeñó un papel clave en la reconstrucción de las letras gallegas. Se concluye el capítulo con un análisis de «La política del retorno en *Las nuevas coplas de Juan Panadero* (1976-1979) de Rafael Alberti» interpretado como «el viaje de la libertad» (273). Para sustentar tal interpretación, el Profesor Le Bigot vuelve atrás evocando la primera serie de coplas, las obras albertianas del exilio y trata de la cuestión de la heteronimia. Insiste en el uso de las formas breves y populares (copla, saeta...) propicias a moldearse al fervor del momento, a la espera del final de la dictadura.

«Escritura y testimonio» (IV. 291-441) no podía sino dejar espacio primero a la obra de Blas de Otero, figura del poeta torturado interiormente, desarraigado pero poeta testigo que lograba «decir callando». Por eso Claude Le Bigot le dedica un doble estudio: «Configuración de la voz social en la poesía de Blas de Otero» en que profundiza la cuestión del yo lírico, o sea la cuestión esencial de la enunciación antes que cualquier tema. «La responsabilidad de la forma o la piedra de toque del compromiso ético» ensancha la reflexión más allá de la poesía social de los 50 cuyos límites bien

conocidos supo pronto superar Blas de Otero. Retoma Claude Le Bigot la evolución del poeta como la de la poesía comprometida proponiendo una historiografía de esta y de la crítica. La presencia de tres poetas americanos en los apartados siguientes permite trazar una continuidad del testimonio a partir de poéticas que marcan, bien es verdad, bifurcaciones, cuando no rupturas. En el caso nerudiano (329-380), Le Bigot analiza cómo el poeta chileno pasó de *Residencia en la tierra* al *Canto general* centrándose en lo que considera como «tres estrategias de escritura [...] la visión, la profecía y el testimonio» (330). Los extractos poéticos comentados sugieren la voluntad de analizar conjuntamente los poemarios que el propio Neruda separó tajantemente, o más bien como escribe Le Bigot: «[...] Neruda denegó o fingió denegar de *Residencia en la tierra* [...]» (329). Por eso intenta ahondar la lectura de ambos poemarios para mejor recalcar sus articulaciones y sus tensiones. «Ética y estética en la poesía de Juan Gelman» (381-400) versa sobre *Interrupciones II*, libro formalmente heterogéneo que aúna las prosas poéticas de *Bajo la lluvia ajena* con los poemas de *Hacia el sur*, *Poemas de José Galván*, *Composiciones*. Recorriéndolos, Claude Le Bigot plasma las claves éticas y estéticas de la escritura gelmaniana, íntima, personalísima y colectiva a un tiempo usando un «yo lleno de gente» (389). Coherentemente enlaza la reflexión con «César Vallejo: una política del signo» analizando la obra del poeta peruano bien conocida por su extrañeza, cuando no su hermetismo, pero también por su palabra crítica que cuestiona el orden y los poderes establecidos, Le Bigot ahonda la dimensión aparentemente paradójica de la palabra vallejianista, de cómo supo conciliar las vanguardias y la solidaridad humana, social, dar cuenta de la extrañeza de lo real y de la cotidianeidad, aunando lo inmediato con lo espiritual dentro de una lógica de lo sensible. Por eso concluye el estudioso: «[...] su aporte fue decisivo porque diseñaba una política del poema distanciada de dos peligros: los fantasmas del arte por el arte y el arte al servicio del proletariado» (438).

El capítulo siguiente (V, 441-483) «Lugares de memoria» no podía sino inaugurarse con la figura de Machado en Colliure. Hoy se sigue celebrando la memoria del poeta y de la Retirada en el cementerio de Colliure y quizás cada vez más gracias a la acción de las asociaciones que obraron y obran para que no se borren las últimas huellas de los campos de Argelès, Canet y otros más. Igualmente militantes, descendientes de republicanos refugiados y eruditos como el Profesor de Perpiñán Jacques Issorel publican testimonios y estudios sobre aquellos momentos y lugares. Por su parte, Claude Le Bigot analiza cómo Colliure, y concretamente la tumba de Antonio Machado, fue adquiriendo etapas tras etapas (asentamiento de la memoria, efemérides, reconocimiento) un significado simbólico y político tanto como literario. Relaciona tal camino (palabra machadiana por antonomasia) con el que recorrió España yendo de la dictadura a la democracia, asentada esta sobre un pacto del olvido. Por eso cita al (también) poeta implicado Manuel Vázquez Montalbán: «Solo ganando la batalla de la memoria invertiremos el principio de que la historia la escriben los vencedores o los nietos de los vencedores» (459). El apartado siguiente «Sujeto lírico y memoria histórica» prolonga la reflexión con el análisis de poemas de otros poetas: Caballero Bonald, Valente, Cernuda, Munárriz, Biedma, Ángel González, R. Irigoyen (por orden de cita). Se recurre a los debates entre los propios historiadores sobre la noción controvertida de memoria vs historia.

El último capítulo «Nuevas formas del compromiso» (VI, 483-537) es obviamente imprescindible para entender la panorámica contemporánea, la pluralidad de poéticas diversas, incluso contradictorias y es también terriblemente delicado: es harto conocido que fue/es un terreno minado por el que andar con pies de plomo. Parte Le Bigot del estudio «muy detallado» de Araceli Iravedra (485) que versa sobre las evoluciones de la noción («Del compromiso después del compromiso», *ibid*) y las prácticas en las dos últimas décadas. Contradictoriamente evoca los «vínculos resueltamente marxistas» (485) de *La otra sentimentalidad* de Granada, liderada para decirlo de cierto modo por el poeta Luis García Montero. El nuevo realismo de lo que se ha dado en llamar la poesía de la experiencia acabó en clisé «hundiéndose en la trivialidad» (486). De ahí la dificultad de ver claro en el paisaje poético. Para esbozar algunas pistas, el Profesor Le Bigot analiza sucesivamente diversas poéticas. Primero, el recurrir a la ironía en la obra de Ángel González como expresión y estrategia de «resistencia» (487-497). A continuación, diseña la situación de «la poesía política en España: un nuevo espacio de representación». Después de un planteamiento historiográfico y teórico acerca de la relación poesía y política, y de la cuestión central del realismo en poesía, nos propone un estudio de la obra de Jorge Reichmann singularizada por una visión axiológica del mundo actual, del rechazo de los poderes, del neoliberalismo alienador. Muestra Claude Le Bigot la heterogeneidad (realismo, meta e intertextualidad...) e hibridación de tal poesía, y cómo escapa de las clasificaciones creando «una dinámica desmitificadora» (507), reactivando un discurso cívico que la crítica nombra «la poesía de la conciencia» (509). Es precisamente a esta sensibilidad crítica a la que van dedicados los dos últimos apartados. La encarna una poeta Isabel Pérez Montalbán, y su obra que conjuga «Realismo y poder de transformación [...] en marcha hacia un ‘poetariado’» (513). La poeta fue publicada primero en antologías de colectivos poéticos *Feroces*, *Marginales* y *Heterodoxos* (País valenciano), *Alicia bajo Cero* (Málaga), *Voces del Extremo* (Huelva) que el Profesor Le Bigot estudia a continuación dando así una coherencia a pesar de un panorama que pueda parecer disuelto en individualidades y grupos inconexos. En realidad representan una tentativa de renovación de la enunciación y la sensibilidad alternativas. Isabel Pérez Montalbán lo demuestra con creces con una obra que pudo salir de la invisibilidad. Poeta de voz singular y colectiva, hace de lo íntimo el testimonio de una historia colectiva. Su enunciación es directa, sembrada de hallazgos metafóricos e imágenes propias de las vanguardias. Eso no quita que exprese una conciencia de clase fuera de cualquier dogmatismo o didactismo, cierto desencanto y esencialmente dolor por la marginación de los seres humillados. Por eso habla Claude Le Bigot de «una política de los afectos» que hace de la exploración de la interioridad y de la historia individual una expresión de solidaridad con los demás, elaborando una palabra de resistencia y combate, autodenominándose *Viginka* la propia Isabel Pérez Montalbán muy recientemente. Semejante postura de resistencia adoptan los colectivos poéticos buscando espacios intersubjetivos, igualitarios, experimentando una poesía de lo inmediato, para crear en palabras una «constelación de solidaridades» (525).

En «Poesía y conflicto: posturas teóricas de los colectivos poéticos *Alicia bajo cero* y *Voces del Extremo*» (527-535) el Profesor Le Bigot intenta plantear la cuestión de dicha resistencia (*praxis*) y

sus modalidades enunciativas (*poiesis*) a partir de dos colectivos bien identificados. Buscan ellos desocultar el discurso neoliberal y su realidad oponiéndole un discurso rebelde, descentrado en relación con las normas sociales y académicas, situándose en un equilibrio frágil entre el manifiesto y el poema. Le Bigot estudia esa tensión en poetas como Antonio Orihuela, Fernando Beltrán, Jorge Riechmann, Roger Wolfe. Apunta los escollos del realismo llamado sucio, «un *prêt-à-porter* de lo sórdido» (533).

La conclusión «Discurso poético y conciencia cívica en la poesía española contemporánea» (539-548) retoma el cuadro global del libro y prolonga las pistas abiertas para ahondarlas. Obviamente han cambiado las circunstancias históricas, sociales y culturales, asimismo se han modificado las prácticas poéticas y han evolucionado las posturas teóricas. Se ha pasado de una poesía de cariz militante a la expresión poética del disenso con los poderes dominantes. Lo relevante es que perdura «una tradición de la poesía política» (541) lo mismo que existe una constante realista en la literatura española. Es así cómo siempre los poetas intentaron «repoblar un horizonte en busca de público.» (548)

El estudio de Claude Le Bigot es relevante en un mundo que tiende a minimizar, incluso arrinconar, lo social en provecho de otras categorías. El libro llega a tiempo, y es saludable en un momento en que se proclama el anacronismo de la lucha de clases y por lo tanto la obsolescencia del compromiso. Sin ocultar nunca los límites a los que ha podido llegar este o los errores en que ha podido incurrir, y cualquiera que sea la forma que fue y vaya tomando, muestra Claude Le Bigot que surge ante las iniquidades infligidas al ser humano.

Claudie TERRASSON
Universidad Gustave Eiffel-LISAA-EMHIS